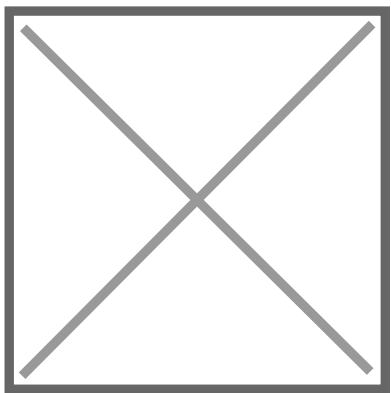
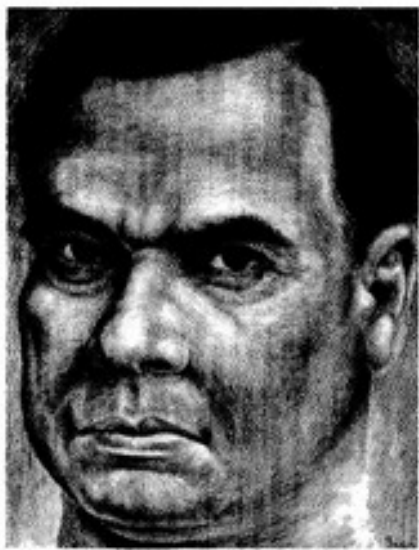




8764

IDE 3705



El poeta nicaragüense Rubén Darío, que trabajó en Valparaíso como guardaninapetrador y periodista.

# Darío en el Cerro Alegre

por Sara Vial

Va subiendo el cerro Alegre sin apuro, en el silencio de 1888 o el de 1997. ¿Da lo mismo? Es el poeta Rubén Darío a los veinte años, con o sin el abrigo que se compró en la Sombretaría Francesa de calle La Planchada, la misma (hoy Serrano) en que se encuentra en prensa su libro *Azul*. "Ya sabes que (todavía) le imaginas todavía, incluyéndolo a él) extranjerizo lo cimientos del idioma castellano. Ha reunido en *Azul* cuentos y poemas, prosas líricas, publicadas algunas en diarios y revistas. Qué importa ser pobre, sentir frío en este patio austral, al que me vine a vivir bien porqué, desde su salida Nicaragua.

"Andate a Chile aunque sea a lado" le aconsejaron en su tierra. El país trata príncipe intelectual. Su libro lleva un largo prólogo de Eduardo de la Barra, uno de sus escasos amigos en el puerto, junto con Eduardo Poirier. Ha tenido la debilidad (acomodada o no) de plantarle la dedicación del libro a un senador y "filántropo", Federico Vasele, en términos tan floridos como para comores: a una piedra. No ha previsto que el tal senador no se sentirá siquiera la molestia de hacerle llegar un par de líneas de cortesía a través de un secretario.

Pero el cerro por el cual surtiendo el autor de "La primavera está triste", aparece en bellas estancias en su libro, junto a otras escenas de Valparaíso, puesto en el cual ha vivido año y medio, y Darío va incuestionablemente sumado en esas visiones, que podemos también recuperar con facilidad, como si estuvieran de veras a punto de ser reditadas nuevamente, como de hecho lo están.

"Huyendo de las agitaciones y turbulencias, de las máquinas y de los faroles, del ruido monótono de los tranvías y el chocar de los caballos con

su repiqueteo de caracoles sobre las piedras, del tropel de los comerciantes, del grito de los vendedores de diarios, del incesante bullicio e inabarcable hervor de este puerto; en busca de impresiones y de cuadros, subió al cerro Alegre, que gallardo como una roca florecida, luce sus flancos verdes, sus montículos coronados de casas risueñas escalonadas en la altura, rodeadas de jardines, con ondeantes cortinas de enredaderas, jaulas de pájaros, jarrones de flores, ropas vistosas y niños rubios de casta anglosajona."

El poeta ha preferido no tomar el ascensor, sólo lo hará al descender. Pero ha achido imaginando suaves adormidos, lastimosos como si hubiera llovido, como se ven en las películas, ahilvanados por el destinar del tiempo, alfombra colonial que el asfalto atrezo. Los alientos. La subida por la cual va, catenacos de nombre Tubelías, hoy almarante Monti, no tiene adormidos, como cuando él vivía en Valparaíso. Los taparon con otra alfombra, pero de asfalto, cuando vino la reina de Inglaterra, hace años. Da a saber a la iglesia anglicana, pero no sabrá. Los angelitos rubios quedaron asomados a las ventanas de galletina. Los catenacos asientos del paseo de los Catorce asientos, se quedaron operando, llenos de gente. Sólo rubió Felipe, el conserje. Pero no valía la pena, por ningún rey o reina o conserje, arrebatarse a la calle su bellera de pedras canteadas, su apariencia natural. Es lo mismo que están haciendo ahora con la calle Juana Rosa. Dicen que la embellecen. Para ello le arrancan sus adormidos característicos, mejor dicho, vuelven a cubrirlos, como si se tratara de la llegada de la misma reina de Inglaterra, con una capa de asfalto. Vi en Madrid del barrio antiguo, callejuelas intactas de adormidos, brillando bajo el sol o la luna. En las ciudades de Europa sentían vergüenza de taparlos y los conservan en su esplendor que mantiene vivo el paso del tiempo, el cascabel remoto de los carruajes con caballos, el reflejo de los faros a gas y el canto de los serenos. Asomada a una ventana de la calle Templeman, me veo todavía escuchando el eco de los cascos de la panja de caballos que hacía la ronda

Vista hacia el paseo Dimolow, del cual se divisan hermosas casonas que fueron demolidas y frente a las cuales se puede apreciar el declive de la colina del paseo que origina en dirección al ascensor Reina Victoria.



Rubén Darío, en Barcelona, el año 1912, junto al periodista Alfredo Guido, propietario del Mundo.

de Estrella, supl. Valparaíso, 26-VII-1997

## Darío en el Cerro Alegre [artículo] Sara Vial.

Libros y documentos

**AUTORÍA**

Vial, Sara, 1927-2016

**FECHA DE PUBLICACIÓN**

1997

**FORMATO**

Artículo

**DATOS DE PUBLICACIÓN**

Darío en el Cerro Alegre [artículo] Sara Vial. retr.

**FUENTE DE INFORMACIÓN**

[Biblioteca Nacional Digital](#)

**INSTITUCIÓN**

[Biblioteca Nacional](#)

**UBICACIÓN**

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile